

presion de su siglo y de su país, una especie de harpa eólica que sueña mediante la suave corriente de las auras.

Tengo poco gusto por este panteísmo histórico; veo al contrario que el individuo está sobre todas las cosas, y no creo que una reunion de ignorantes ó de mentecatos sea un medio infalible de producir nada digno de talento.

Y sin embargo, esta idea falsa tiene una parte de verdad. Sí, el tiempo de los héroes ha pasado, si se entiende por héroes estos hombres que hacen vivir á un siglo con su pensamiento comunicándole su fiebre; esto es bueno en las épocas en que el hombre necesita ser conducido por otro; pero es malo en los tiempos civilizados. El tiempo de Alejandro y de los Césares ha concluido.

Pero si ya no hay héroes legendarios, si los individuos ejercen ahora mas grande papel, y no son una pasta dúctil en las manos de un señor, hay lugar siempre y cada dia mas amplio para los grandes caracteres. Lo que hay que temer en nuestra época son esas corrientes de la opinion, esos golpes de la mayoría que arrastran á un país y lo precipitan. En Francia, dice Madame de Staël, nada sale tan bien como el éxito; pero aun al éxito podemos comprometer por nuestro comportamiento.

Lo que necesitamos son hombres que permanezcan en sus puestos cuando la multitud retrocede; y que sin temor ni esperanza, pero con un cálculo cierto, esperen que pase la marea. Y esto es necesario, no solamente para resistir al enemigo, sino para resistir al abandono, á la indiferencia pública en los dias en que la libertad es deshonrada, calumniada ó maldecida. No todo el mundo puede ser un Washington; pero todo el mundo puede tomar por modelo al hombre que ha proclamado que la *libertad es el mayor bien del mundo*, y que ante el peligro no retrocedió un paso, dejando el éxito á la fortuna y conservando para él el deber.



## LECCION XXVII.

### BATALLA DE GERMANTOWN.—DERROTA DE BURGOYNE. TRATADO CON FRANCIA.

#### SEÑORES:

El 31 de Julio de 1777 recibió Lafayette su nombramiento, y bien pronto lo admitió Washington en su estado mayor.

El general Howe estaba en Nueva-York, en donde hacia grandes preparativos de embarque. Podia amenazar á Filadelfia ó á Charleston y aun si queria, remontar el Hudson para ponerse en contacto con el ejército que se organizaba en el Canadá bajo el mando del general Burgoyne y aislar de esta manera á la Nueva-Inglaterra.

Tal era el proyecto primitivo del general Howe, al que renunció por no haber recibido de Inglaterra los refuerzos que habia pedido.

Al fin del mes de Agosto, la escuadra inglesa estaba en la bahía de Chesapeake; era, pues, Filadelfia, la residencia del Congreso, la que venia á atacarse. El camino directo era subir el Delaware; pero temiendo las defensas que habian preparado los americanos, el ejército inglés tomó un camino extraño, describiendo un arco de círculo para venir á atacar á Filadelfia por la izquierda, dejando al Maryland por la espalda.

El 25 de Agosto de 1777, los ingleses desembarcaron en el fondo de la bahía de Chesapeake, en el rio de Elk, en número de catorce mil hombres: Washington apenas tenia un número inferior que oponerles.



Tenia necesidad de atravesar Filadelfia para marchar delante del enemigo, á quien encontró el 11 de Setiembre cerca de un pequeño rio afluente del Delaware, llamado el Bradywine. Hasta entónces los americanos habian tenido combates, pero no una batalla campal; la cosa era séria, pero Washington no queria perder Filadelfia sin disparar un tiro.

El ejército inglés se dividió en dos columnas; la una, bajo las órdenes del general Knyphausen, atacó el frente; la otra, bajo las órdenes del conde Cornwallis, haciendo un rodeo, envolvió á los americanos, tomándoles el flanco y la retaguardia. En tales circunstancias la derrota fué segura para los americanos, y Lafayette, procurando detener á los fugitivos, fué herido en una pierna; Filadelfia estaba perdida.

Una carta de Lafayette escrita á su esposa en 1º de Octubre de 1777, nos da los pormenores de esa herida, y agrega: «Al presente, como muger de un oficial general americano, es necesario que os dé vuestra lección. Se os dirá: *han sido batidos*. Responderéis: es verdad, pero entre dos ejércitos iguales en número y en campo raso, los soldados viejos tienen ventajas sobre los nuevos, pero han tenido el gusto de matar mucho.

«Después de esto se os dirá: Bien, pero Filadelfia ha sido tomada, la capital de la América, el baluarte de la libertad. Vos replicaréis con política: sois unos imbéciles. Filadelfia es una triste villa, abierta por todas partes, que la residencia del Congreso ha hecho famosa, yo no sé por qué. Hé aquí lo que es esta famosa ciudad, á la que entre paréntesis llevarémos el bien tarde ó temprano.»<sup>1</sup>

Lafayette expresaba así el pensamiento general de los americanos, quienes estaban habituados al fuego de la guerra y á estos cambios diarios.

En Diciembre de 1776 la aproximacion de los ingleses habia causado gran terror en Filadelfia; en Setiembre de 1777 se habia familiarizado con este acontecimiento; se decia que los ingleses obligados á guardar Nueva-York y Filadelfia, tendrian que diseminar sus fuerzas y ya no podrian moverse, lo cual era una ventaja para los americanos.

«No, decia Franklin, no es el general Howe quien ha tomado Filadelfia, es Filadelfia la que ha tomado al general Howe.»<sup>2</sup>

<sup>1</sup> *Memoires de Lafayette*, página 104, tomo I.

<sup>2</sup> Lord Mahon, VI, 169.

El Congreso se retiró á York en la provincia de Pensylvania, poniendo al Susquehanna entre él y el enemigo, y allí permaneció ocho meses hasta que los ingleses evacuaron Filadelfia. En cuanto á Washington, con aquella fria resolucion que constituia su carácter, reunió á sus soldados descalzos y sin pan, y el 4 de Octubre de 1777, en una mañana nebulosa, atacó al amanecer á una division del ejército inglés que estaba acupando Germantown.

Los americanos cargaron á la bayoneta; los ingleses sorprendidos y puestos en desórden, apenas podian reconocerse; pero una niebla espesa impidió á los americanos aprovecharse de aquella ventaja; unos regimientos tiraban sobre los otros. El pánico se apoderó de las tropas bisoñas, las municiones se agotaron y el inglés quedó dueño del campo de batalla, con una pérdida de quinientos hombres.

«La jornada ha sido sangrienta, escribia Washington; plegue al cielo que yo pudiera agregar que habia sido buena para nosotros.»

En realidad no habia sido una victoria, pero el combate hacia el mas grande honor á Washington y á los americanos. Un pueblo no es vencido, sino cuando se resigna á no resistir mas. Aquí al contrario, como en Trenton, como en Princeton se veia á hombres á quienes una derrota no abatía y que en lugar de ocultarse tras de un muro, tomaban la ofensiva y venian á atacar al enemigo. ¿Qué faltaba, pues, para triunfar? La disciplina, esta unidad que la guerra enseña con el tiempo.

Lo cierto es que en Francia, que es buen juez en materia de valor, esta batalla fué considerada como muy notable. Y cuando algunos meses mas tarde, en Diciembre, los comisarios americanos concluyeron el tratado de alianza con la Francia; el conde de Vergennes les dijo: «Vuestras tropas se han batido bien en mas de una ocasion; pero nada me ha admirado mas que ver al general Washington atacar al ejército del general Howe y librar una batalla. Traer á un ejército nuevamente levantado, hasta este grado, promete mucho para el porvenir.»<sup>1</sup>

Después de la batalla de Germantown, Washington se retiró á Whitemarsh, fuerte posicion á catorce millas de Filadelfia. Los dos Howe, el almirante y el general, quisieron atacar entónces los fuertes que defendian el Delaware; las tropas de Hesse atacaron el fuerte Redbank;

<sup>1</sup> Sparks. *Washington*, tomo II, página 31.



pero fracasaron y su comandante el conde Donop, mortalmente herido, fué hecho prisionero. Transportado al fuerte, fué cuidado por un frances, Duplessis de Mauduit, oficial de ingenieros que estaba al servicio de la América.

«Mi carrera acaba á buena hora, decia el aleman al dar el último suspiro; muero víctima de mi ambicion y de la avaricia de mi soberano.»

Donop y Mauduit eran una imágen del antiguo y del nuevo mundo; el soldado y el ciudadano, el mercenario y el hombre que no se bate sino por la libertad.

Al principio de Diciembre los fuertes del Delaware estaban tomados, y Howe, reuniendo su ejército, ofreció á Washington batalla cerca de Whitemarsh. El Fabio americano estaba decidido á no abandonar su fuerte posicion; así es que todo se redujo á algunas escaramuzas en que se distinguió la milicia del Maryland. No pudiendo Howe atraer al enemigo á la llanura, fué á tomar cuarteles de invierno á Filadelfia. Washington tenia la misma necesidad: sus soldados carecian de cobertores, y la falta de calzado era tan general, que podia seguirse la pista del ejército, por los rastros de sangre que iba dejando sobre la nieve. Washington explica esto en una carta dirigida al presidente del Congreso Henry Laurens, de la Carolina del Sur, que habia sustituido á Hancock, que se habia separado por causa de enfermedad. La carta es de 26 de Diciembre de 1777, bastante conmovedora.

«No tengo, dice, sombra de duda de que si no se mejora la parte administrativa militar, el ejército se verá reducido á uno de estos tres extremos: morir de hambre, disolverse ó dispersarse para vivir como pueda. Yo no exajero nada; tengo fuertes razones para aseguraros lo que os digo.

«Ayer, despues de medio dia, se me informó que un grueso de tropas enemigas habia salido de Filadelfia y se dirigia á Dervy, con la aparente intencion de forrajear; dí orden á mi fuerza para que estuviera presta á fin de impedir el designio del enemigo. Con gran mortificacion supe que mis soldados no podian moverse por falta de víveres: una sedicion peligrosa habia verificádose la noche anterior, sofocada con dificultad por algunos oficiales valientes, y era de temerse que es-

tallara de nuevo con motivo de la hambre. Hice venir al único comisario que teniamos en el campo, y recibí la triste y alarmante noticia de que no habia una cabeza de ganado, y de que apenas quedaban veinticinco barricas de harina.

«Juzgad nuestra situacion si yo agrego, lo que no puede decirse, que no esperaba recibir ningun socorro.

«Todo lo que he podido hacer ha sido enviar algunas tropas ligeras para vigilar é inquietar al enemigo, miéntras que al mismo tiempo otras tropas se enviaban por diferentes rumbos á reunir provisiones para las necesidades apremiantes del ejército. ¿Bastará esto? No; tres ó cuatro dias de mal tiempo traerán nuestra destruccion. ¿Qué hará el ejército en el invierno?

«Lo declaro con toda la sinceridad de mi alma; no ha habido general mas lleno de restricciones que yo, por el mal servicio del ejército.

«No hay una ocasion de sorprender al enemigo con éxito, que no se pierda ó comprometa por la falta de víveres. Desde la batalla de Brandywine no recibimos ni jabon, ni vinagre, ni nada de lo que mandó el Congreso. Pocos de nosotros tienen mas de una camisa; muchos ni la mitad de una, y algunos carecen totalmente de ella. Tenemos 2,898 hombres fuera de servicio, porque están descalzos y desnudos.

«Desde el dia 4 del corriente hemos tenido dos mil bajas en el ejército, á causa de los sufrimientos consiguientes á la falta de cobertores para el soldado. Se les ve toda la noche alrededor del fuego, en vez de acostarse á descansar.

«Hay, sin embargo, caballeros que sin saber si el ejército tomará ó no cuarteles de invierno, se creen con derecho de dirigirnos reproches. ¿Creen acaso que los soldados son de palo ó de piedra? ¿Que son insensibles al frio y á la nieve? Puedo asegurar á estos señores que es mas fácil y ménos fatigoso criticar desde un gabinete cómodo, al frente de una chimenea, que acampar en una colina fria y húmeda ó dormir sobre la nieve, sin vestidos y sin abrigo alguno. Tales privaciones y sufrimientos me afectan profundamente, y desde el fondo de mi corazon siento estas miserias, que no puedo socorrer ni prevenir.»

En medio de tales padecimientos Washington ocurrió á las requisiciones forzadas; y aunque en estas medidas necesarias puso una moderacion extrema, fueron bastantes, sin embargo, para excitar el des-



contento y las quejas aun de sus amigos mas adictos. Se ha visto en sus cartas toda la repugnancia que Washington sentia por estas disposiciones, declarando que volver á este medio extremo, le parecia la mayor desgracia de su vida.

La decision que habia tomado Washington de establecer sus cuarteles de invierno en el campo, hacia honor á su sagacidad y á su firmeza. No faltaban gentes en el Congreso que se admiraban de que el ejército no marchase; y en el ejército no faltaban oficiales que hubieran querido instalarse en York ó en Lancaster para encontrar las comodidades de la vida. Pero Washington estaba decidido á tener al enemigo en jaque para impedir que extendiera sus conquistas y su influencia.

Se estableció, pues, en Valley-Forge, fuerte posicion entre las colinas y las riberas del rio Schuylkill, á veinte millas de Filadelfia. Era un desierto y un bosque. Fué necesaria toda la autoridad de Washington para decidir á los soldados á desmontar el lugar y á construir las barracas de invierno. La estacion fué ruda, la miseria muy grande; pero como Washington era el primero que sufría, nadie se atrevia á murmurar.

Miéntas que estos acontecimientos pasaban en Filadelfia, otros sucesos no mas honrosos, pero sí mas felices para la América, tenían lugar en el Norte, en donde los americanos estaban victoriosos y los ingleses humillados.

Hemos visto que los ingleses, utilizando los recuerdos de la política francesa, habian resuelto invadir las colonias por el Canadá. Era la manera de aislar la Nueva-Inglaterra ocupando la línea que va desde los lagos canadienses á Nueva-York, por el rio Hudson. Se habia reunido un ejército de siete mil hombres, de alemanes é ingleses, mandados los primeros por el general Riedesel, y los segundos por el general Burgoyne.

A fin de Julio de 1777 el pequeño ejército partió de Crown-Point por el lago Champlain y ocupó Ticonderoga, y poco despues el fuerte Eduardo. Así estaban en el valle del Hudson.

La marcha era difícil; se necesitaba atravesar bosques y pantanos sin camino. No era fácil traer víveres del Canadá, y no habia mas que carnes saladas venidas de Inglaterra y trasportadas por el

rio San Lorenzo. Se avanzaba, sin embargo, echando por delante á los indios que robaban y mataban á amigos y enemigos.<sup>1</sup>

Estos horrores, que habrian abatido á un pueblo débil, excitaron al enérgico pueblo de la Nueva-Inglaterra, que no es un pueblo de soldados, y para quien el ejército es una verdadera servidumbre. Pero descolgar el fusil de la pared, montar á caballo y correr al peligro, fué lo que se hizo en el acto. Amigos, parientes, todos se movian, todo era entusiasmo, al grado de que no habiendo mas que un cobertor, se daba al que iba á defender á su país.

Bien pronto tuvo Burgoyne en frente un ejército de 13,000 hombres sin órden y sin disciplina, que no se habia fogueado, pero compuesto de hombres resueltos, valientes y excelentes tiradores. Los ingleses lo experimentaron próximamente.

El general en jefe era Gates, de origen inglés, de mediano talento, pero tenia á sus órdenes á un americano valiente y lleno de recursos, á Arnold, á quien la envidia debia arrojar mas tarde en brazos de los ingleses para merecer el nombre de traidor, y acabar miserablemente.

El primer encuentro tuvo lugar en Bennington, entre un cuerpo aleman mandado por el coronel Baum, y las milicias de Nuevo-Hampshire mandadas por el general Stark. Desde que divisó al enemigo Stark, volviéndose á sus soldados, les dijo: «Hijos míos, ved los uniformes rojos, es preciso que sean nuestros, ó Miss Stark será viuda esta noche.» Los ingleses y alemanes fueron batidos y rechazados con una pérdida de 200 muertos y 700 prisioneros.

Este combate de Bennington, verdadera escaramuza, detuvo á Burgoyne. Para no confiar nada al acaso, quiso proveerse de víveres para treinta dias y permaneció estacionario un mes, dejando á sus enemigos todo el tiempo para fortificarse y llenar de obstáculos el camino.

Al fin, el dia 19 de Setiembre, Burgoyne, abandonando sus comunicaciones con el Canadá, pasó el Hudson en Saratoga. Los americanos estaban sobre una cadena de pequeñas colinas llamadas *alturas de Behmus*: un oficial polaco llamado Kosciusko habia escogido esta posicion militar.

El ataque del ejército inglés, conducido con valentía, no fué bastante para desalojar á los americanos. Burgoyne quedó reducido á

<sup>1</sup> Lord Mahon, tomo VI, página 179.